

De las otras sombras de Borges ¹

María Laura Peón (Universidad Nacional del Nordeste)

¿Qué otra cosa tenemos que las palabras de los otros construyéndonos la propia historia?

Hace ya varios años, leí un apasionado ensayo de Nicolás Rosa, “Las sombras de Borges”. Aunque en aquel momento sólo fui capaz de tocar la superficie de ese texto, desde entonces, proyecta sobre mí sus sombras.

Dos cuestiones me interesa traerles de esa lectura. Las dos se refieren a la influencia que Borges ejerce en nosotros.

El objeto Borges (llámese su corpus, su texto, su escritura), [...] se ha convertido en un objeto excesivamente potente, en un artefacto semafórico que marca los caminos, las vías, los derroteros, las fronteras y los límites de las zonas literarias y de los recorridos de escritura.²

Leemos desde Borges. La palabra borgeana nos orienta la mirada y le da forma a nuestro lenguaje. Entonces, ¿qué hay después de Borges?

El texto borgiano comete el error de infinito, del cual hablaba Blanchot. Todo está en todas partes, en el centro ficticio y en el borde del texto, en el texto y en el co-texto, pero nunca en el contexto. Esa escritura es pura tensión, no ex-tensión, es puro punto y todos sabemos cómo se llama ese punto. Y en ese punto descentrado, en ese centro incandescente pero vacío, el mundo calla, enmudece.³

Hay silencio. O esa otra forma de vacío que es la repetición. Rosa propone olvidar a Borges para, tal vez, empezar a reconocernos en otras voces.

Yo no me atrevo a tanto. Pero creo entrever una posibilidad, otra interpretación. Lo que enmudece ante el texto borgeano no es el mundo, sino la modernidad. En la obra de Borges no hay bordes que contengan nuestra subjetividad. De ahí la sensación de infinitud. Sin límites, no hay salida. No hay adentro ni afuera. No hay a dónde ir. La vivencia del caos se hace patente.

En un poema indispensable⁴, escribe:

De hambre y de sed (narra una historia griega)
muere un rey entre fuentes y jardines;
yo fatigo sin rumbo los confines
de esa alta y honda biblioteca ciega.
[...]
Lento en mi sombra, la penumbra hueca

¹ Esta ponencia puede ser leída como un homenaje a Nicolás Rosa.

² Rosa, N. (2003).

³ Ibid.

⁴ De “Poema de los dones”, en *El hacedor*, de 1960. Trabajo con la edición de Emecé de las *Obras completas* de 1974, revisada por el autor. Manejo la edición especial de dos tomos que publicó el Círculo de Lectores en 1984.

exploro con el báculo indeciso,
yo, que me figuraba el Paraíso
bajo la especie de una biblioteca.

Extraño paraíso es el que guarda y multiplica la incertidumbre, que evidencia la inutilidad.

Una primera lectura nos podría conducir hacia la paradoja; aunque, tal vez, eso no sea sino una simplificación del asunto. En la paradoja hay equilibrio. En el poema, el yo, “*lento en su sombra*”, se abisma en la oscuridad despareja de la biblioteca. Cabría, luego, esperar el grito desgarrado de Munch o el monstruoso insecto de Kafka. Pero no. Borges “mira” “*este querido/ mundo que se deforma y que se apaga/ en una pálida ceniza vaga/ que se parece al sueño y al olvido*”.

La metáfora del cosmos, del universo, como biblioteca no es nueva. Recordemos aquella historia en la que nos cuenta que

Quando se proclamó que la Biblioteca abarcaba todos los libros, la primera impresión fue de extravagante felicidad. [...] El universo estaba justificado, el universo bruscamente usurpó las dimensiones ilimitadas de la esperanza⁵.

La analogía entre biblioteca y paraíso se reconoce con facilidad. Pero la ilusión dura poco y esa esperanza ilimitada del personaje, prontamente, se vuelve desconcierto y, luego, frustración.

Hace ya cuatro siglos que los hombres fatigan los hexágonos... Hay buscadores oficiales, inquisidores. Yo los he visto en el desempeño de su función: llegan siempre rendidos; [...] alguna vez, toman el libro más cercano y lo hojean, en busca de palabras infames. Visiblemente, nadie espera descubrir nada.⁶

El caos se propone como clave de lectura. Las posibilidades de construir sentido desde la biblioteca como objeto epistemológico son múltiples. Para jugar en términos borgeanos, infinitas. Como el legislador moderno⁷, el bibliotecario tenía autoridad para arbitrar recorridos, para legitimar sentidos que procuraran la conquista de la verdad. En el cuento, el bibliotecario ha abandonado, tal vez perdido, sus criterios clasificatorios. Ya no hay una manera de recorrer la biblioteca, no hay una razón para hacerlo.

En su último libro, Esther Díaz, anota: “*El paradigma del mundo como un gran texto que debe ser leído de manera lineal –siguiendo una cadena de causas y efectos- se desvanece a favor de la realidad como hipertexto con varias entradas.*”⁸ Como otras tantas veces, esas palabras me recordaron al mismo Borges.

⁵ Borges, “La biblioteca de Babel”, en *Ficciones*, pp. 452-453.

⁶ *Ibid.*, p. 453.

⁷ “Lo que caracteriza la estrategia típicamente moderna del trabajo intelectual es la metáfora del papel de ‘legislador’. Éste consiste en hacer afirmaciones de autoridad que arbitran en controversias de opiniones y escogen las que, tras haber sido seleccionadas, pasan a ser correctas y vinculantes.” Z. Bauman (2005), p. 13.

⁸ Díaz, E. (2007), p. 77.

Yo me atrevo a insinuar esta solución del antiguo problema: La biblioteca es ilimitada y periódica. Si un eterno viajero la atravesara en cualquier dirección, comprobaría al cabo de los siglos que los mismos volúmenes se repiten en el mismo desorden (que, repetido, sería un orden: el Orden). Mi soledad se alegra con esa elegante esperanza.⁹

En el cuento, el personaje, que experimenta el caos, pretende restituir el orden. Se consuela imaginando un Orden, la mayúscula es de Borges, aunque impropio, es decir, para otros, ajeno. En esa esperanza, encuentra descanso.

La obra de Borges se resiste a dejarse atrapar en los esquemas rectores de la modernidad. De ahí, la confusión y los límites desbordados, inútiles, de géneros y de categorías que no bastan para poner sentido. De ahí, la sensación de totalidad que provoca en el lector.

El objeto Borges nos revela sus propias claves de lectura. Una lectura anticipada e irreverente que muestra otros criterios, otros miedos, otros deseos. La obra de Borges se deja leer desde los paradigmas de la posmodernidad. Desde miradas múltiples y superpuestas, rizomáticas, que ponen de manifiesto sus grietas de sentido.

Tengo para mí que la posmodernidad es eso: un modo de lectura. No debería pensarse como un fragmento en la historia de la humanidad. La posmodernidad es una manera de leer la realidad.

Es cierto que la palabra no es feliz; es provocadora y hasta incómoda, muchas veces. Pero, moviliza. Ha generado el debate más apasionado de los últimos años. Pero, coincido con Zigmunt Bauman, en que el análisis está a mitad de camino¹⁰. No tenemos certezas. Los bordes se desdibujan. Y no depende de nosotros la decisión de ser posmodernos o no serlo. Es algo que nos atraviesa y nos excede. Pero podemos poner sentido. Debemos hacer el esfuerzo interpretativo.

En el cuento se propone que si un viajero eterno recorriera el universo de la biblioteca, accederíamos a la verdad. Pero, una y otra vez, Borges nos recuerda que hay pecados que no perdona el Espíritu¹¹. Como espejos enfrentados, sus textos indiferentes, en el sentido de indistintos, nos susurran que somos sustancias y cifras del tiempo¹². Que en la eternidad se halla la verdad es nuestra ilusión ancestral. La historia de la humanidad y la historia de este deseo de eternidad han coincidido muchas veces. Pero la eternidad fue un sueño del que ya hemos despertado.

Esta figura del viajero del tiempo es recuperada rítmicamente en la obra borgeana. En “El inmortal”, el cuento que inaugura *El Aleph*¹³, se nos cuenta la historia de un tribuno romano que recorre su tiempo vital en busca del río de la inmortalidad. Lo

⁹ Borges, ob. cit., pp. 455-456.

¹⁰ “El análisis de la posmodernidad no puede ser otra cosa que un informe a mitad de camino. Sus proposiciones deben ser tentativas, particularmente en vista del hecho de que hasta ahora el único logro sólido e indudable del debate posmodernista ha sido la proclamación del fin del modernismo; en cuanto al resto, dista de ser claro cuáles entre los muchos tópicos del discurso señalan tendencias duraderas e irreversibles, y cuáles encontrarán su sitio entre los furros pasajeros de un siglo notorio por su amor a las modas.” Bauman, Z. (2005), p. 179.

¹¹ “- [...] Sentí que había cometido un pecado, quizá el que no perdona el Espíritu.

-El que ahora compartimos los dos –el Rey musitó. El de haber conocido la Belleza que es un don vedado a los hombres. Ahora nos toca expiarlo.” Borges, *El libro de arena*, Emecé, 1989, p. 109.

¹² “¡Oh, rey del tiempo, y sustancia y cifra del siglo!, [...]”. Borges, “Los dos reyes y los dos laberintos”, *El Aleph*, p. 580.

¹³ El cuento es inaugural en varios sentidos y, como la mayoría de los cuentos de Borges, imperdible.

encuentra y bebe de esa agua inconcebible. Suspendido en la eternidad, decide emprender el regreso impulsado por una idea:

Entre los corolarios de la doctrina de que no hay cosa que no esté compensada por otra, hay uno de muy poca importancia teórica, pero que nos indujo, a fines o a principios del siglo X, a dispersarnos por la faz de la tierra. Cabe en estas palabras: Existe un río cuyas aguas dan la inmortalidad; en alguna región habrá otro río cuyas aguas la borren. El número de ríos no es infinito; un viajero inmortal que recorra el mundo acabará, algún día, por haber bebido de todos.¹⁴

La inmortalidad muestra su cara oculta en el abandono que provoca la indiferencia ante transcurso del tiempo. El personaje de Borges pierde interés en la vida. Abolido el tiempo, el hombre se pierde a sí mismo. Se hace patente la pérdida de sentido, el vacío.

Ser inmortal es baladí; menos el hombre, todas las criaturas lo son, pues ignoran la muerte; lo divino, lo terrible, lo incomprensible, es saberse inmortal. [...] Nadie es alguien, un solo hombre inmortal es todos los hombres. Como Cornelio Agrippa, soy dios, soy héroe, soy filósofo, soy demonio y soy mundo, lo cual es una fatigosa manera de decir que no soy.¹⁵

Rescatemos, entonces, los términos de la metáfora. El tribuno Marco Flaminio Rufo, éste es el primer nombre que recibe el personaje, encarna el deseo de la eternidad. El ideal moderno del hombre en pos de la conquista del mundo, con su consiguiente imposición de criterios de verdad, se reconoce en él. Después, la búsqueda, el éxito. Luego, los siglos, el vacío, el desconsuelo.

Mutado en otros, múltiple e indistinto, el inmortal redefine su objeto de deseo. Fuera del tiempo, no hay una verdad que lo espere, no hay un lugar en donde buscarla. No hay un afuera de lo humano. Una verdad eterna y sola es inalcanzable porque, así concebida, es inconmensurable, intraducible al lenguaje humano. Nueve siglos deberá recorrer el eterno viajero, hasta recuperar su condición humana, su sentido.

[...] recordé otras mañanas muy antiguas [...] cuando yo era un tribuno de Roma [...] en las afueras vi un caudal de agua clara; la probé, movido por la costumbre. Al repechar la margen, un árbol espinoso me laceró el dorso de la mano. El inusitado dolor me pareció muy vivo. Incrédulo, silencioso y feliz, contemplé la preciosa formación de una lenta gota de sangre. De nuevo soy mortal, me repetí, de nuevo me parezco a todos los hombres.¹⁶

Joseph Cartaphilus es la otra cara del romano. Ha recuperado su condición humana. Este “hombre consumido y terroso”¹⁷ se hace opaco, es decir, visible, legible.

Cuando se acerca el fin, escribió Cartaphilus, ya no quedan imágenes del recuerdo; sólo quedan palabras. Palabras, palabras desplazadas y mutiladas, palabras de otros, fue la pobre limosna que le dejaron las horas y los siglos.¹⁸

¹⁴ Ibid, p. 520.

¹⁵ Ibid., p. 522.

¹⁶ Ibid., p. 513.

¹⁷ Ibid., p. 513.

¹⁸ Ibid., p. 523.

En él, reconozco al intérprete posmoderno¹⁹. No puede modificar el caos, no puede controlarlo. Pero puede aceptarse en él. Puede participar del caos, recortarlo, ordenarlo.

Para Juan Samaja, el orden es una síntesis; está, para decirlo con sus palabras (y, necesariamente, con las de Hegel), recaído en la inmediatez; está hecho de conflicto y de caos y es, al mismo tiempo, una instancia superadora. Es una instancia de interpretación. El orden es una lectura del caos. Una entre tantas lecturas posibles. Asumir esa lectura es interpretarlo desde nuestra historicidad, desde nuestra particular forma de existencia, restableciendo el sentido perdido ante la vivencia angustiante del caos, tendiendo redes de significación entre el lenguaje y los discursos, entre los discursos y las relaciones discursivas del poder.

“*Del caos, escribe Esther Díaz, también puede surgir el orden. Mejor dicho, un nuevo orden.*”²⁰ El orden es un proceso de construcción de sentido que implica preguntarse acerca de un significado global a partir de significados parciales, en ese ir y venir intenso del todo a las partes, del texto al extratexto, de hablante a hablante. Es una actualización y una revisión del pasado en cada ejercicio actual, en el sentido de presencial y presente, de lecturas del mundo.

Podríamos pensar que el personaje de “El inmortal”, ante la frustración, elige la muerte. Prefiero, sin embargo, quedarme con otra idea. Elige el sentido. Ante la vivencia del vacío existencial, opta por la vida. Una vida finita, es cierto, porque toda vida lo es. Una vida que se reconoce en esa sangre que vuelve a brotar del rasguño.

Nicolás Rosa pensó la obra de Borges como un “*artefacto semafórico*”. Lanzada al juego de imaginar, preferiría la metáfora del faro, que no regula, pero orienta. Es una luz móvil en las tinieblas que alienta a continuar. proyecta luces al tiempo que proyecta sombras. No revela el lugar de la verdad, sólo invita a seguir buscando.

Bibliografía mencionada:

Díaz, Esther (2007) *Entre la tecnociencia y el deseo*. Buenos Aires, Biblos.

Bauman, Zigmunt (2005) *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

Rosa, Nicolás (2003) *La letra argentina: crítica 1970-2002*. Buenos Aires, Santiago Arcos.

Samaja, Juan (2004) *El lado oscuro de la razón*. Buenos Aires, JVE Ediciones, 2º ed.

¹⁹ “La mejor forma de caracterizar la estrategia típicamente posmoderna del trabajo intelectual es la metáfora del papel del intérprete. Éste consiste en traducir enunciados hechos dentro de una tradición propia de una comunidad, de manera que puedan entenderse en el sistema de conocimiento basado en otra tradición.” Z. Bauman, ob. cit., p. 14.

²⁰ Díaz, E. (2007), p. 74.